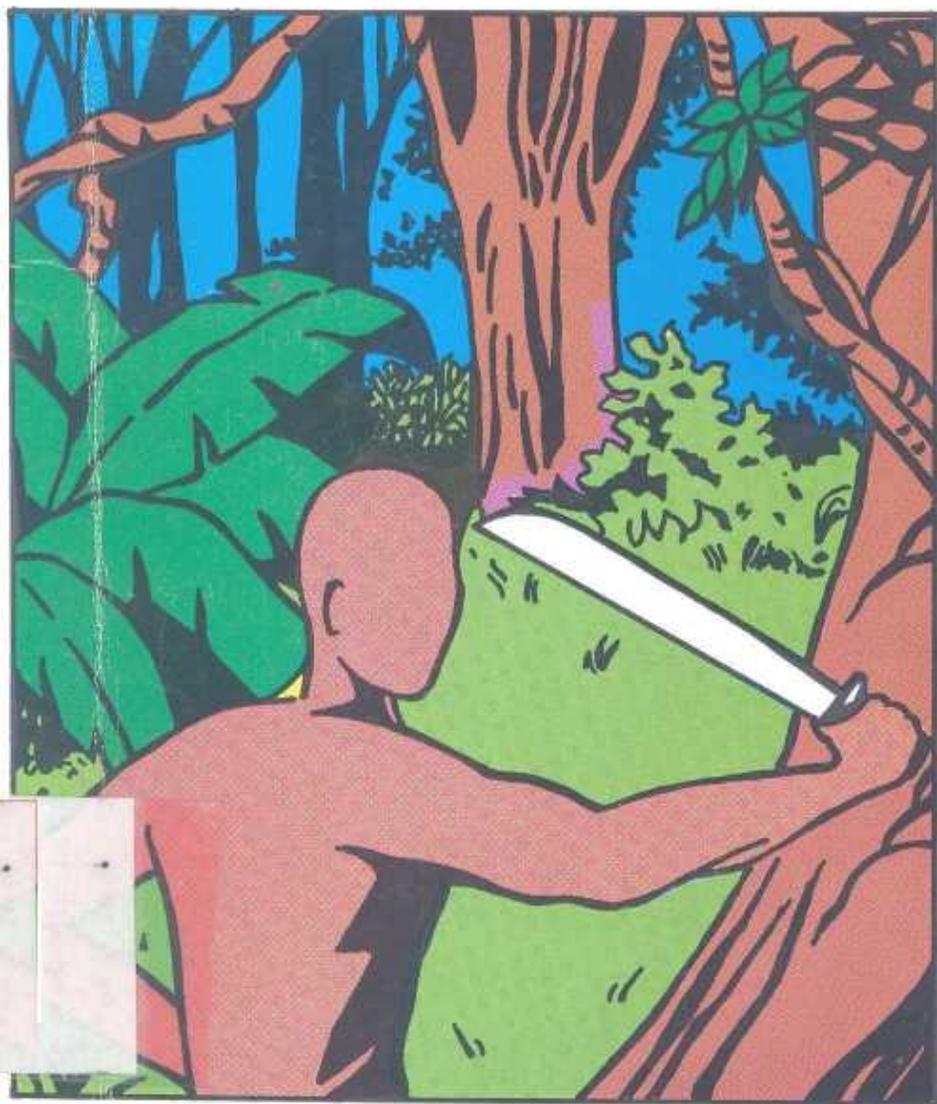


CESAR A. CANDANEDO

LOS CLANDESTINOS



CESAR A. CANDANEDO

LOS CLANDESTINOS

Premiada en el Concurso Ricardo A. Miró

Sección de Novela

1949

PANAMA - 1984

D.R. © 1991 Manfer, S.A.

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, archivada o transmitida en forma alguna o mediante algún sistema electrónico, mecánico de fotorreproducción, memoria o cualquier otro, sin el previo y expreso permiso por escrito de la Editorial Manfer, S.A., Apartado N° 1899, Panamá, Rep. de Panamá.

Impreso en los talleres de Poligráfica S.A, Panamá, R.P
Printed in Panamá

DOS PALABRAS

Es con orgullo que ofrecemos hoy, al público lector, el segundo volumen de la Biblioteca Nuevo Panamá: LOS CLANDESTINOS, de César A. Candanedo, novela premiada en el Concurso Ricardo A. Miró en 1949. Del autor nos dice el profesor Rodrigo Miró:

"Profundo conocedor del país, con conocimiento hijo de una confrontación minuciosa y personal, la obra de Candanedo muestra aspectos de la vida del Darién y de la zona bananera de la provincia de Chiriquí. Sin descuidar la consideración del paisaje, movido por generoso impulso, enfoca su atención en la humanidad que puebla esas regiones, hasta donde la autoridad de la República no alcanza. Sus cuentos son vigorosas protestas, denuncias de una situación deprimente. La obra de Candanedo nos gana, sobre todo, por su valor testimonial, por su intención reparadora, por su profunda comprensión del medio que retrata y la autoridad moral de su persona".

Por su parte, el crítico mexicano José Mancisidor, opina de LOS CLANDESTINOS que "...el contenido, el fondo es, a pesar de todo, vigoroso. Tomado y desarrollado con limpieza. Y en ello radica la poderosa fuerza de la novela de Candanedo, cuyas raíces como novelista se hincan con ejemplar pasión en la entraña americana.

No obstante, lo americano no reduce, antes al contrario, ensancha las perspectivas, los horizontes de su obra, ya que el tema de LOS CLANDESTINOS es válido para ésta y otras latitudes. Democracia, libertad, derecho del hombre: toda la fraseología que la revolución burguesa puso sobre la superficie de la tierra, se destaca, aquí, con su desnuda y terrible realidad. Véanse los hombres que Candanedo pinta, su morboso drama, su miserable peregrinar atraídos por el señuelo del dólar para morir, envilecidos y explotados, por los traficantes del dolor humano.

El proceso de la dominación del dólar está trazado con mano maestra: primero son los trabajadores colombianos y los trabajadores panameños las víctimas; luego los propios negociantes nacionales, quienes sucumben aplastados por los dueños del Canal, por aquéllos que para imponer sus consignas económicas, las disfrazan con etiquetas que han perdido ya, toda eficacia.

Repito: no se trata de un mal discurso ni de un panfleto político, sino de una novela dura, de aristas afiladas, capaz de herir con herida profunda la conciencia humana si ésta, como con frecuencia sucede, no se ha convertido en roca.

Candanedo, novelista panameño de pulso firme, enriquece la novelística americana con una obra que lo coloca, con derecho ganado en buena lid, entre los primeros de esta América nuestra".

"La libertad de locomoción es uno de los más sagrados derechos del individuo. Existe para todas las soberanías un deber ineludible de respetar esa libertad. Desconocerla es tiranía abominable. Atropellarla es cobardía política, es desconfianza ofensiva para la comunidad de las naciones, es un reto al espíritu humano que clama por el acercamiento de los hombres y los pueblos".

(Declaración de un ilustre panameño publicada en el diario "LA HORA" el 5 de Agosto de 1947.)

LA CACERIA DE HOMBRES

Con el aguaje que avanza despacio llenando esteros, caños y depresiones, la lancha remonta el amplio camino del río.

Atrás, en la distancia, se va perdiendo la última visión de las casitas que manchan las cuevas bermejas del cerro isleño. Un viento manglero encrespa las olas y arrastra olores sutiles —mariscos y flores— que agitan el cuerpo con fuerza nueva y potente. Por ambas orillas se extiende la selva imponente en busca del horizonte, y en el perfil azul de las lomas —indiferentes!— se paran los cuipos gigantes.

* * *

Hacia el fondo, en las bocas donde los ríos unen sus aguas de distintos colores, boyan tendidos los tucos, subiendo y bajando en el mismo sitio, retenidos por el remanso. En los playones cercanos que la marea repella con capas de lama fina, dormitan grandes lagartos.

La lancha tambalea montando las olas que revientan en la línea donde las aguas chocan con fuerza.

De rato en rato los hombres gritan:

—Aguanta la máquina.

—Cuida la propela.

—Corre, tú, Chindo, a la proa y con la palanca aparta los tucos y despeja el camino.

—Endereza para la otra orilla y salva el remolino.

* * *

La marcha prosigue por horas y horas venciendo la distancia agobiadora de calles largas, rectas y sombreadas por densos manglares. Los esteros asoman sus bocas profundas y los caños bajan, como serpientes subterráneas, entre tupidos raizales.

Detrás de la flexible arboleda —mangle gimiente— que cubre la costa inmediata, se extienden kilómetros de tierras bajas, anegadizos de aguas pesadas, pútridas y babosas que dan albergue a sapos enormes, anguillas, algas, gusanos y muchos otros seres repugnantes. Y encima, sostenidos por altas y potentes piernas, los inmensos cativales oscuros, reproduciéndose constantemente.

Luego, la selva inmensa con sus prolongados y aterradores gritos; llena de ponzoña, humedad y sombra; las trampas de los poderosos bejuocos que amarran y retuercen los árboles; los tábanos verduzcos, las hormigas guerreadoras y millones de mosquitos variados; los caminos de las grandes culebras que sueltan las mudas escamosas y los huecos de las arañas peludas forrados de finos hilillos blancos.

* * *

El viaje se estira largo, aburrido y penoso. En medio del silencio, todos los viajeros sienten la presión angustiosa de la soledad. El sol cae, ardiente, y las hojas que antes parecían pesadas, saturadas de líquidos circulantes, se contraen, livianas

—Algo raro viene allá lejos. Parece un animal que camina sobre el agua, por la orilla. Un bulto grande — señala un tripulante.

Algunos hombres salen a cubierta, agarrados de los bordes de la toldilla, curiosos. Quieren ver, descubrir algo diferente a esa línea insistente del río, a ese conjunto verde que ya tortura el ánimo.

—Mal sitio es éste... No me había dado cuenta... Aquí hay un gran misterio y salen muchos fantasmas... Ahí están, vean, fíjense, los campamentos de los tuqueros... No demoraron... tuvieron que irse apenas cerraba la noche porque no aguantaban toda clase de bullas y espantos... Por suerte todavía es temprano...!

En efecto, hace tiempo la noticia corre de boca en boca, en el telégrafo maravilloso del rumor. Ningún viajero solitario se expone a que lo sorprenda la noche en las cercanías... Todos tienen el cuidado de calcular las horas de salida para estar distantes antes del anochecer, lejos del sitio del espanto. Algunos aseguraban haber visto luces que rondaban la orilla como en busca de algo. Guiados por ellas, creyendo que eran las cuadrillas taladoras, acercaron la piragua y, de pronto, sintieron que una fuerza salida del fondo suspendía la nave y a cierta altura la dejaba caer contra la superficie ondulante. Entonces, llenos de miedo, sin habla, los pelos parados, bogaban rápidos huyendo de los ruidos y voces misteriosas que venían de la tierra. Y después solaba un viento raro...

* * *

El bulto se acerca, lento. El motor reduce la marcha. La embarcación se inclina de lado y lado.

Todas las personas miran atentas, curiosas, tratando de saber de qué se trata, qué es, qué encierra aquello en un lugar que infunde temor a todos.

—Ahaaaaa...! Es una piragua con casa... Algún enfermo que bajan o cholos que se cambian de río...

—No parece... Es muy grande para que sea piragua.

—Sí, seguro... Ahora sé... — después de una pausa. El cholo Mequilda... Hace poco le hicieron un robo por andar en esa

caminadera, de punto en punto .. Encontraron sola la casa que tiene en el otro río y bueno... Si no se la roban, la entierra y después, sólo que retoñara... — terminó de hablar uno que conocía bien al indio.

—Cholo rico ese, dicen... Tiene mucho bananal y puerco. El otro día se le murió un hijo, en viaje para los otros pueblos...

Sobre los bordes de la piragua, armada con varas flexibles, está montada una casita de poca altura. Las pencas haladas por las ramas y sueltas por el viento, parecen alas de desordenadas plumas. En la popa gobierna un indio viejo, flaco y de músculos gastados. Y en la mitad, por ambos lados, parejas de indias jóvenes bogan con fuerza, descubiertos los torsos, audaces los senos y la roja *paruma* ceñida a la cintura.

La piragua boga en dirección a la lancha que avanza con lentitud.

—¿Qué te pasa, Mequilda...? ¿Para dónde vas...?

—¿Quiay, compadre...? Va pa alante, pa arriba... ¿Anda dotor, compadre...?

—No... ¿Que te pasa...?

—Chico ta malo... Mirá... — dijo, señalando con tristeza.

Una india, casi vieja, tiene al niño en el regazo, desnudo, cubierto de hojas tiernas y trapos. La cabeza y los ojos grandes no concuerdan con el pescuezo, los brazos y las piernas raquíticos, como si fueran de trapo, blandos y sin armazón. La barriga redonda, tensa, parece totuma. A pequeños intervalos hala y chupa luego, ávido, los largos y flácidos pellejos de los senos anémicos, pobres, vacíos.

Del color canela, natural, sólo quedan fajas y retazos. La piel se ha desprendido en capas, tiras y escamas, como la cascarrilla que sueltan algunos árboles resinosos. La superficie afectada por la muda, queda de color rosado, en lo vivo, humedecida por un líquido pegajoso...

Un instante de indecisión, mirándose a los ojos unos y otros.

—Nació cansao... También ta con cagadera... — concluye.

—No podemos hacer nada ahora... Andamos de comisión...

—Esa es una enfermedad rara... — sentencia un tripulante.

En el interior de la piragua van otros niños, mujeres y algunos perros muy flacos, como contruidos con alambres, ojones y sin pelos. En dirección a la proa están amontonados los utensilios de cocina, pescados secos, racimos verdes de banano, trozos de caña y bultos de mantas y trapos sucios.

El indio Mequilda permanece mudo e indeciso, como si consultara con el tiempo. De pronto —resuelto ya— exhala un quejido que sale de las entrañas y que expresa todo el dolor acumulado, milenario, de su raza. Empuja la piragua afirmando la punta del canaete, apartándola de la lancha, y mira hacia el cielo en busca, tal vez, de un dudoso auxilio que no encuentra en la tierra, entre los hombres. Mequilda personifica a todos sus

hermanos que la muerte —en cosecha monstruosa— va liquidando poco a poco —terrible dosis!— en las curvas de los ríos, en las lomas estériles de la cordillera, en los caminos olvidados, en las plantaciones extranjeras —las felices Companys!— y, envenenados, en las cantinas panameñas...

* * *

La calle muere en un recodo levantado del terreno orillero. Sobre el suelo firme y en muelles improvisados con maderos redondos, trabajan los tuqueros manejando las tucas verdes y cascarudas que se amontonan en la orilla del embarcadero. Unos hombres trabajan fuera, rodando las tucas hasta echarlas al agua; otros, metidos en el río hasta la cintura, clasifican, alinean, viran y acomodan. Cuando flota una buena cantidad, forman las balsas. Unidas mediante barrote fuertes y prensadas por las amarras de bejuco flexible, durante varias mareas las balsas son remolcadas por las lanchas madereras. Así bajan las tucas, unidas en un destino común; a veces flotan sobre las marejadas embravecidas cuando rachas de viento tempestuoso barren las costas.

Los gritos se alargan —por el caucho del eco— en el silencio del río. Los hombres trabajan duro, heroicos, chorreando sudor abundante.

—Mete el hombro con fuerza, que el palo va pa' atrás... — ordena el capataz.

—No pujes tanto y echa pa' adelante... — se queja un tuquero.

—Ya no hay miedo, que llegó el tractor... — celebra, jactancioso, otro peón mientras mete la palanca.

—No puedo más... Corran que me reviento... Ya me traqué la ingie... Creo que me baldó el palo... — la voz se pierde agónica en medio del esfuerzo agrupado.

* * *

La lancha avanza río arriba.

—Se oye bulla de gente en aquella vuelta... Vamos a llegar a ver si es cuadrilla de tuqueros... — dice el jefe de la comisión, después de escuchar atento...

—Seguro que ahí podemos encontrar algunos **clandestinos**... Son los hombres pa' estos trabajos, que no se han hecho pa' la gente... Por suerte ellos aguantan todo... Trabajos malos... comida mala... y plata mala... poca...

Ahora la lancha disminuye la velocidad y su marcha se desliza suave, cautelosa... Los hombres hablan bajito...

—Para que no malicien ni se asusten —ya saben!— al ver nos llegar, antes de bajar, le damos la noticia del cuipo... Así cogen confianza y podemos hacer un buen encierro... porque como ya están medio espantaos... — advierte uno.

La embarcación se detiene frente al grupo que trabaja en el agua. El líquido revuelto levanta pequeñas ondas que revientan contra las **ñangas**... En tierra firme otros hombres luchan con las tucas que van llegando, empujadas por la pica que conduce al tumbadero.

—Les traigo una buena noticia... Les interesa... — gritó el jefe, parado sobre la cubierta, extendiendo la voz con las manos puestas en forma de carrizo.

—Vamos pa' allá... — dice de nuevo, mientras salta en el remolque, que se tambalea.

—El principal salló ayer, pero diga ¿qué será? — pregunta el encargado del trabajo.

—Es que ahora la Compañía quiere cuipo, que le piden de ajuera. Así no tendrán que sepultarse por tanto tiempo ni tan lejos, pa' maderir...

El hombre que ha suspendido su trabajo para atender al visitante, oye callado e incrédulo, nadando en su permanente actitud de duda hacia todo.

—¿Quién va a creer eso, señor...? ¿No será pa' burlarse dándonos esperanza...? — dice al fin.

—No... Cierito; lo quieren pa' la guerra, pa' los aviones... Le sacan el agua y quedan balsitos...

—Sería bueno, entonces! Quién sabe a quién le tocará esa suerte...! Nosotros tamos alquilaos pa' los trabajos piores... Cerquítica del pueblo conozco una mancha grandísima de esos palos...

Saltando del remolque, el jefe de la comisión, seguido de dos más de la lancha, camina en dirección del grupo que rueda las tucas... Todo lo observa, pregunta nombres, solicita cédulas y averigua fechas.

—Bueno, amigo, dígame, ¿pa' quién trabaja esta cuadrilla...?

—Nosotros somos de don Aniseto, señor... Trabajamos pa' él y él nos tiene aquí y por donde haya que ir... — explica el encargado, ausente el capataz.

Metido en el remolque, de regreso a bordo, el jefe explica:

—Con éstos no podemos meternos... Son de madera gruesa... Buena cacería hay... Conté como diez nuevos... Tenemos que seguir subiendo porque no podemos bajar sin gente... Sería peligroso por una envainada, un cuadro, o cualquier otra cosa

— Oigame, señor . . . antes de irse . . . — grita el jefe de la cuadrilla. Tenemo dos días sin bastimiento, casi . . . ¿me lo podría dar la razón en la tienda, abajo, pa' que manden? Y También tenemos dos piones enfermos que abajar, pa' cuando abaje usted . . . Nos hace la caridad, señor . . .

—¿Fiebres o cortaos...?

—No, señor, es que... se le han soplaos los güevos... Lo mismo que el otro día a Mancho, de tanto pujar con los tucas... No caminan de la jinchazón...

—La razón sí la puedo llevar cuando abaje, pero la gente no porque bajamos llenos, de arriba... Vamos de comisión...

La lancha reinicia la marcha dejando una marejada de agua inquieta y sucia. Ya al tomar la ruta de nuevo, el jefe se volvió para gritar, alargando la voz:

—¿Cuánto tiempo llevan aquí sin salir...?

—Sólo veinte días...

—Bueno... cuidao... es mejor que se tapen bien...

El ruido del motor diluye las carcajadas.

* * *

Mientras las tucas apiladas caen al agua con estrépito, otras ruedan por los caminos y nuevos árboles caen, selva adentro.

Caminando por trochas que rompen la selva, los hombres llegan a sitios poblados de caobas, cedros, tangaré, marías, tachuelos y olivos. Allí se estacionan y luego comienzan las grandes derribas. Semanas tras semanas la voz metálica del hacha grita y a veces canta vibrando en los ecos que se trasladan en ondas infinitas. Entonces, a cada caída de un coloso, la montañía atónita y herida, se estremece; toda la inmensidad palpita alarmada y la savia circula —apremiada— rápida, en las semillas y en los brotes.

Algunas veces los árboles se burlan de la codicia de los hombres. El capataz selecciona uno hermoso, de tronco largo y liso. Seis u ocho hacheros inician la faena. Grandes bocas rosadas circundan el tronco. De pronto, las fibras del centro estallan, rotas; un tremendo traquido y el gigante comienza a doblarse. Árboles menores caen estrujados, quebrados, molidos. Al chocar contra el suelo sólo queda un montón de astillas sueltas esparcidas. Sólo en apariencia, por fuera, estaba sano. Un cáncer interno —como el alma de muchos hombres— había ahuecado lo mejor del cuerpo.

Después de la derriba queda la tarea más dura. Si los árboles son muy grandes es preciso dinamitarlos, rajarlos en grandes astillas. Las tucas hendidas, mutiladas, sangrantes y resinosas, salen empujadas por las palancas que manejan los hombres más fuertes. Días, semanas enteras sin ver el sol, castigados por la lluvia, mordidos por el hambre y la plaga, vencidos por el cansancio, permanecen junto a las víctimas dormidas que luego toman su venganza silenciosa. Muchas veces es necesario construir rellenos y puentes sobre las hendiduras del terreno o preparar camas de varas y ramas en las depresiones menos hondas para que pasen hacia afuera los tucos codiciados. Y sobre la tierra húmeda, como una postrera noticia de su permanencia en la selva, van quedando las marcas, las peladuras, los estrujones y magulladuras, mientras daban tumbos de protesta ineficaz... Así, chupándoles la energía, taladrándoles los músculos, hiriendo las fibras más delicadas mediante lesiones invisibles, liquidándolos lentamente, infundiéndoles su silencio pesado, los árboles imponen su venganza a los hombres, mientras abandonan su inmensa casa verde.

* * *

Al terminar la larga jornada, después de la pobre cena, los tuqueros hablan, comentan. Y entre palabras y palabras hacen el inventario de algunas de sus penas.

Desde una rama la linterna riega una pobre luz pálida sobre el claro del campamento.

—Sólo bebiendo se espantaría esta cansera. Hoy me siento con el cuerpo destrozao... — la conversación se inicia entre bostezos contagiosos.

—Hay que decirle al jefe que cuando pida bastimento, meta también unas cuantas botellas... Estaríamos menos cansaos y menos tristes... Esto es un cementerio de hombre vivos... — sentencia otro.

—Entonces los palos se quedarían descansando en la montaña, riéndose de los hombres... Y nosotros contentos, chupando como cuando salimo...

—Los lomos y los riñones me hormigean; me duelen a pique, a entro... — se queja uno.

—¿A tú na maj...? Las corvas las tengo acalambrás de suspender pa arriba, de levantar y echar pa alante.

—A mí me baja un dolor holgao, de la cabeza a los pies, un fríto delgao como hilito...

—Pero peor están los otros que se soplaron...

—Pásame acá la pipa, Pedro, pa echar una sorbía, pa espantá estos zancú que me están jodiendo al pie de la oreja...

—Esta tarde, saliendo ya, se me torció esta muñeca. Jinchá la tengo... Y lo que me duele...!

—Yo me espeléje toa la palma... ¿Cómo manejo mañana la palanca...? Lo malo es cuando se empieza... Después, con el cuerpo caliente, ya no se siente aunque la sangre chorrée...

—Este hombro lo tengo raspao... Creía que los güesos me habían quedado pelaos, cuando me zurró el tuco ese horquetiao de tangaré...

—Por lo que se ve, muy pocos han quedao sanos aquí.

—Esta espinilla —tocándose— me quedó escaramogíá con un chafflán que me rompió al salir juyendo pa que no me atropellara el palo que rodaba loma abajo.

—A mí no me pasó casi na... Sólo esta quebraura e carne que me puya pa entro, como ojo e pescao.

—Tengo marcaos los caminos y callejones que me hizo el corte del palo. Casi me esfleca la carne misma.

—Oye, Miguelón, ¿tú qué cocinas tanto? — pregunta uno, cambiando de tema.

—Es lo de toas las noches, antes de acostarse... Pa dormí tranquilo, sin soñá... Ta haciéndo limoná, pueg... Ta cogiendo mujé el hombre... — contesta otro.

—Y tomar limoná to los días. agua la sangre... y también dicen que abaja... Es lo que toman los padres...

—Este trabajo no es pa hombre enmujerao... los que tienen, poco maderean... Sólo los jefes, que salen a ca rato... Porque hasta en la mujé, que Dios ha hecho pa too mundo, no ta igual.

—Me duele to este lao... Tuve un estrechón con un palo que me dejó hasta los nervios apandiaos.

Y así, mezclando quejas y malicias, los tuqueros diluyen en el olvido la sustancia corrosiva del dolor sin remedio.

—Pa arrematá, toos tamos aquí en un mar de desgracia.

—Menos el jefe, no; seguro... Bien comio, comida aparte. Na de trabajo y saliendo ajuera a ca momento...

—Estos chocuanos es que hablan... carajo... — dice un tuquero nativo, revolviéndose en la hamaca.

—Usté no será chocoano, pero es vecino y somos los mismos... aunque no lo quiera...

—Anoheció loco usté... vea, ¿cómo vamos a ser iguales...?

—Igual gente, igual lugar... hermanos somos aunque usté no lo quiera.

—Imposible...!

—Ya ve de ónde venimo y ónde estamo... Es la sangre que arrastra y nos junta de toas maneras, aunque no quieran...

—¿Y cuando pagarán...? Ya es tiempo...

—No hay aviso... Cuando venga el jefe sabremo...

—Yo siempre alcanzo algo, asegún mis cuentas...

—A mí me queda poco porque tengo que abonarle a don Felipe por la fianza. El me consiguó la libertaá.

—Y tú, Camilón, ¿cómo quedas de plata después del pago?

—No me queda na... La última multa, la fianza, la cantina, los viveres y, se acabó... — dice contando con los dedos. Too me queda descuentao... ni pa tabaco...

—Jacinto ta muy callao, pensando lejos... Contá algo, hombre... Te pones mudo si sigues así.

—Antualito taba pensando en los otros que vienen... Tan pensando que van a cogé agua... Como nosotros, vienen con el pensamiento, en el fondo, de llegar al Canal... A la Zona... Buen Canal van a tener también...!

—Toa la gente sueña... Ni es malo... Muchos ganan plata soñando el número que sale... Diga usté...

—De aquí no pueden salir... Este es el Canal de ustedes. La Compañía paga bueno; no pueden quejarse... — dice otro tuquero nativo.

—Sí, un dola veinticinco... Vivere caro... ropa cara... La fianza, el anticipo, cuando hay; ¿qué queda cuando remata el pago...? Too descuentao... Eso así no sabe a pagamento... Uno siente que ha trabajado de balde.

—Con lo que queda no se puede ni ser hombre... Too hombre trabaja pero se divierte y coge mujé... Pa nosotros sólo hay mujé pa soñá... y cuando uno no está tan estroplao...

—Cuando uno está preso saca caucho, lava oro o maderea, que es la vida de uno aquí; ¿qué tiempo queda y ónde tan las mujeres? ¿Cuántas han cogio ustedes...?

--Ay...! -- exclama uno revolviéndose en la hamaca. Eso es la vida; lo que uno se lleva; el gusto...

--Aquí el hombre anda mal... y lo mejor es dirse a dormir. Así cogemos un plazo de descanso y olvido... porque olvidar también es remedio que cura.

Y el silencio cae sobre el campamento, sobre estos hombres enquistados en una vida miserable que es --en lo cierto-- un anticipo de la muerte, la muerte por partes. La vida del tuquero clandestino.

* * *

Cuando hay demanda, buen precio, y la madera escasea en algunas zonas a consecuencia de la terrible tala que durante años vienen sufriendo los bosques, o queda confinada en sitios inaccesibles, los contratistas madereros aprovechan el verano y despachan sus cuadrillas a las selvas distantes donde los ríos se achican, mansos y humildes. En ellas abundan las maderas codiciadas.

Después de las grandes derribas los hombres bajan escoteros, golpeados, azotados por el mal de la selva. En esas lejanías, más allá de los ríos grandes y de las cordilleras, hay poca plaga de zancudos, chitra y jején.

Abunda el terrible **morongoy**. Apenas el alba comienza a regar su luz blanca, inicia el ataque. Nadie puede estar quieto un instante sin la molestia del aguijón insaciable. Por millares, en grupos compactos que semejan nubecillas negras, caen sobre los hombres tatuándoles la piel desnuda y metiéndoseles en los ojos. En cada picada queda un punto rojo que se va ennegreciendo. Unido a miles de otros semejantes, forman manchas oscuras escamosas. El martirio que el **morongoy** impone al hombre, cesa cuando las sombras de la noche comienzan a bajar. Muchas veces los trabajadores hacen una comida al amanecer y luego comen de nuevo cuando ha oscurecido y se ha retirado el terrible animalillo alado.

* * *

Al comenzar el invierno, cuando densas nubes negrean el horizonte, la cuadrilla de tuqueros vuelve de nuevo. Ahora es a rodar hasta los cascajales la madera cortada, menos pesada, que quedó atravesada, prisionera entre troncos, montada en las lomas o suspendida, mecida por los bejucales. Y entre machucos, peladuras, chuzasos, dedos aplastados, uñas perdidas, tendones lastimados y brazos torcidos, la amontonan en la orilla y esperan... Esperan la cooperación del río, la ansiada crecida.

Pero muchas veces la naturaleza burla con dureza los cálculos y las esperanzas de los hombres... Y las lluvias no llegan. Días ardientes, plomizos; tronidos recónditos; nubes que ruedan; calma asfixiante y profunda. Los aguaceros se forman y su caída parece segura, pero al fin nada. Terribles largos días se suceden, y el tuquero encajonado en su angustia...! Esperar...! Hay que esperar las lluvias y que el río crezca... Y también hay que comer menos porque las provisiones fueron mal calculadas, para

una jornada menor, y es ilusorio pensar siquiera en recibir ayuda de fuera. . . Por estos parajes huraños sólo hombres muy hombres, curtidos, alimentados de sinsabores, estrujados por las penas y crecidos en las luchas más fieras, son capaces de arriesgarse, de resistir en la medida necesaria.

Y el tuquero mudo, en conmovida espera, saboreando la sustancia de su dolor, contempla la caída de muchos soles. Cuando por fin el río crece, los hombres extenuados, reducidos, empujan al agua las tucas y siguen su dura compañía. Viajan con ellas, duermen sobre ellas, tirados en los remansos donde la corriente los dejó al anochecer. Cuando el nuevo día comienza a nacer, la marcha sigue su doloroso itinerario. Hay que continuar, vigilar; destrabar las tucas cuando se trancan entre pedrejones; cuando el golpe de la corriente las arroja al precipio; cuando las lleva, arrastradas, por una vía inconveniente. En este regreso accidentado, con la vista fija sobre los cuerpos oscuros y sin vida, observando los movimientos lerdos de la pieza, la ruta tomada, los hombres bajan también, ligados a sus víctimas, los árboles robados a la madre selva.

Bajo el cuidado de un tuquero queda un grupo de trozas, al iniciar el viaje, río abajo hacia la desembocadura. Al acercarse a los ríos de caudal grande, es preciso redoblar la vigilancia; aguardar, espiar cada vuelta porque si los aguaceros arrecian en las cabeceras y descienden las grandes avenidas, se corre el riesgo de que las tucas sigan hasta el mar, o queden montadas sobre las isletas, o tragadas por las bocas profundas de los esteros llenos de cieno, o trabadas en las palizadas. Entonces, cuando el riesgo apremia, es preciso vararlas, o aprisionarlas en la orilla, amarradas con cuerdas o con fuertes bejucos.

Si un grupo de tucas se escapa aprovechando la crecida y la noche, o si una balsa se dispersa en un choque, cazar tucas y remolcarlas hasta los aserraderos, es buen negocio para la gente de abajo.

También sucede que algunas veces las cuadrillas no regresan a la selva y grandes tendidas de tucas quedan en espera de bajar. Esperan siempre, hasta que la muerte definitiva las destruye lentamente. Las fibras duras, metálicas casi, se tornan blandas y van disolviéndose al fuego lento de los soles quemantes y al golpe pertinaz de los grandes aguaceros. Y, finalmente, bajo los tentáculos de bejucos provistos de poros por donde se filtra la humedad, se van tornando en elevaciones y humildes crecimientos de tierra.

En estos parajes adustos, de agria soledad, ha sido infinito y conmovedor el sufrimiento del hombre. Cada árbol, cada tronco, cada accidente del terreno, es un testigo que evidencia el penar extendido y avasallador.

* * *

El río angosta y retuerce su curso formando ESES gigantes-cas. Las ramas que emparedan el cauce mojan sus copas inclinadas en el líquido turbio.

Adelante, en una playita se distingue una mancha en frecuente movimiento. Son cientos de mariposas rojas, amarillas, blancas, azules, rosadas y verdes, dedicadas al amor, que se juntan, se aglomeran, inquietas, sobre la arena húmeda. De pronto vuelan pintando el aire y bajan de nuevo para elevarse otra vez. La selva se aleja. Ahora son cañablancales y rastros donde cuelgan sus cuerdas las enredaderas de vistosas campanillas. Grandes trechos de gramalota se extienden, soplados por el viento. Allí viven los **ponchos**, una especie de conejo acuático. Frutales, cañas, ñametales, algunos árboles de cacao y maizales pequeños. Son los primeros signos efectivos de la presencia del hombre sobre esta tierra espléndida, extendida, invitadora.

En las puntas de las ramas de los árboles solitarios, los **chacareros** cuelgan las bolsas largas de sus nidos tejidos con fibras y raíces finas, columpiados por las brisas y sacudidos por violentas tempestades. Pareciera que todos los **chacareros** del contorno acordaron vivir en un solo árbol pues son muchos los nidos que penden de las ramas quejumbrosas.

* * *

—Dende temprano se oye un motor. A lo mejor será **aviso de corte**. Hay que estar listo, no se pase el guinco y en el rechazo se pierda too... — comentan en el pueblo de arriba.

—También puede ser en el otro río y que el viento a favor eche pa acá el eco... A veces no se oye por largo rato y, de pronto, vuelve. Oí ahora, clarito...

—¿A buscar gente; a abajar gente...?

—Puede ser también la **polecía** que venga a lo mismo...

La vida de los habitantes de los ríos se desenvuelve y gira ante dos alternativas principales. El **corte** que reparte algunos dólares para hacer frente a ciertas necesidades y para comprar un poco de leor que inyecta una necesaria dosis de alegría, de bulla, de confianza y desembucho. O la llegada de las autoridades... Y así, entre comentarios y chismes, estas gentes sencillas de estos pueblos ribereños disuelven el tedio de las largas horas montañeras. Cuando no hay **corte**, cuando las compañías prefieren su producción, la vida se les cierra aún más. Los ríos se entristecen y un hálito de muerte pasa sobre la comarca. Entonces, después de pensarlo mucho, es preciso volver al río. Catear, pasar largas horas en los remansos, entumecidos y calados por la humedad, meciendo en la batea las arenas para cazar unos pocos **castellanos**.

* * *

—Parece que sí es pa acá... Ahora ta claritico... -- vuelve a hablar.

--Pueda ser... pero que venga doctor a ver si se salva la muchacha de Tilimaco... Ta grave... Pobre criatura... Tres días de sufrimiento lleva; de estar penando. Tan nuevecitica, es lo que más duele... Contemporánea con Narcisa, la mía, es... Y va a cumplir los catorce...

--Yo digo que el que tumbó su palo, que lo cargue.

—Sí, pero la culpa la tienen los papas que consienten esas barbaridades... Ahí ta la más chica de Bonifacio, que ya se salio. Del grado se la jalo Viborón al maestro.

—Esa tiene doce años na más... Una criatura culi-cagá.

—Digame, ¿qué va a saber eso a mujer...? Las cosechan verdes, antes de que estén de pan... ¿Pa qué servirán esos hijos de ella; diga usted...?

* * *

El viento que sopla a favor trae de nuevo el ruido del motor que por intervalos se disuelve en las curvas que sigue el río. Escuchan, alargando con la mano la campana receptora de la oreja.

Conversan de nuevo.

—El asunto es de pensarlo porque la cosa se está poniendo seria... ¿Qué hace un hombre sin mujer aquí?... Es pa ponerse loco... Por ca mujer de servicio hay cinco hombres, por lo menos. Y pior se va a poner la cosa con esa dentradera de hombre escotero... La mujer escasea más cada día...

—¿No ha visto usted como se quedan viendo a las chiquillas...? Afijese y verá...

—Otra maná de chocuanos entró la semana pasá y quién sabe cuántos más vendrán tropezando por esos caminos... Y por algo se vendrá esa gente...

—Lo que le pasó a la pobre ña Antolina... Ya se ajuntó con el negrón Atanasio... Poco va a vivir la pobre, acabá...

—Ya eso no es pa ella a su ecaa.

—Como veinte años tenía de no saber lo que era hombre. Ella no quería, pero el negro la azocó tanto que al fin tuvo que sucumbir y entregarse, cansá de la ronda que le montó el bandido, que no dejaba ni dormir...

—Pero ahora está muy ufana la carilimpia. Por ahí pasa muy orgullosa con su animalón, cuando vienen de catiar. Ni saluda...

—No quería, se sabe... Lo que pasa es que hombre arrecho, hombre costante... Y hasta las goteras agujerean las piedras, dice el dicho

—¿Y tú que venís a atisfar...? Aléjate de aquí, Nicolás, que tú tuavía no tienes pensamiento de hombre para oír esta conversa... — dice la vieja, dirigiéndose al muchacho que se acercaba, sigiloso.

—La curiosidá, comadre... Y es que ya se está haciendo hombrecito... Ya tiene voz de puerco... Tá como los pollos que comienzan a aprender a tender el ala; a cantar ronco trepao: en las piedras.

—Tamos mal... como cagaos de los gallotes, que da mala suerte...

—Y de tiempo pa acá, con la dentradera de hombres, las viejas que estaban en retiro, las han cogió a prestar servicio con la llegá de ese negrerío... Antonia, Juana, Bonifacia, Victoris

Serapia, Petra, Simona, Toribia, Ramona, Marciana, Gerónima y Miquela... — dice, contando con los dedos. Una docena que ha tenido que coger obligación otra vez, obligás, a la juerza...

—Y sin meter en esa cuenta a las que no quisieron esperar la retreta, que dejaron el lugar, juyendo pa los pueblos de abajo, como ña Isidora, Dolores y Porfiria, la otra partera — recuerda.

—Y ni así dejan de romper las casas pa meterse a buscar mujer...

—Y es pa acá que viene... Está cerquitica — dice una de las mujeres, después de escuchar atentamente.

—Dios quiera, a ver si se salva...

* * *

—Viene lancha de abajo... Corran... — se oye decir por todas partes, como si se tratara de un acontecimiento.

—Vamos pal puerto...! — los muchachos gritan.

Y corren en dirección al desembarcadero grande. La gente comienza a bajar hacia el puerto, aglomerándose poco a poco en la orilla. Otros curiosos esperan asomados en los barrancos, que utilizan como balcones. La lancha entra despacio, sorteando los obstáculos.

Hacia la izquierda, regando montañas, con el camino marcado por los árboles más grandes, lento, sombreado, fresco, sin piedras, llega el río del pueblo, y en forma de remanso entrega sus aguas. Ahí está el desembarcadero guarnecido por una barra arenosa que se estira.

Saltan los agentes y la tripulación. Son siete en conjunto.

El horizonte comienza a cerrarse temprano. Los paredones de la selva se alzan distantes y atajan la luz pálida del sol que comienza a bajar entre el monte. El aire circula frío.

La comisión, dirigida por el Corregidor y el agente local, recorre el poblado, como en función de reconocimiento.

El terreno firme comienza en el borde donde muere el barranco de poca altura, al fondo del cual pasan las corrientes ligeras que medio kilómetro más arriba descienden, de pronto, de una meseta pedregosa y rugiente.

En una planicie con inclinación hacia el río grande, en callejas de escaso declive, en solares cubiertos de maleza —bledos, escobillas, dormideras y grama—, se levantan las chozas de pencas suspendidas en tambos de **chonta**, que al pisarlos se hunden, dando sensación de inseguridad. Las cercas exteriores y las divisiones son de cañablancas y **chontas** colocadas verticalmente.

Al tambo se llega por una escalerilla formada por un tucó redondo, inclinado, con cortes que facilitan la subida. La distribución es simple. Una pieza que más parece una reja, sombría y húmeda, hace de única recámara, ocupada toda, generalmente, por un camión también de **chonta** que usa toda la familia. La otra pieza es sala, depósito y también cocina.

Dos puertas y, a veces, un ventanuco que asoma al campo, son las fuentes de ventilación y luz. En los claros de los patios, en forma de pavimento, predominan las conchas de **trupa**.

La tienda, la cantina, la escuela y la oficina, tienen techos de zinc oxidado.

En la frontera del poblado que linda con el monte alto, hacia los zanjones antiguos que fueron lavaderos de oro de los españoles, en una eminencia están, solitarias, la iglesia y la casa cural, de concreto y zinc.

* * *

—No se ven hombres... La cosa comienza mal — dice el jefe de la comisión, mientras el grupo avanza recorriendo las calles.

—Ellos llegan... no se preocupe... Ya no demoran en salir a hormiguar por los barrancos... Y al oscurecer toos tan aquí...

—informa el agente local.

¿Y allá, en aquel rancho, qué hay, que se ve tanta gente?
— pregunta, señalando, otro individuo de la comisión.

—Una enferma... una muchacha que no puede parir.

* * *

—Ay...! Me muero, por Dios...!

Y los gritos de dolor estallan, conmovedores, en la mudez adusta de la tarde que muere, y ante los acongojados semblantes de los vecinos. Los ayes y gritos siguen barrenando el contorno.

La choza de Tilímaco está próxima a una de las vueltas del río. Afuera algunos acompañantes, recostados unos, agachados otros, envueltos en un silencio amargo. En un lado de la entrada Tilímaco está sentado, la cabeza caída sobre el pecho. Rechoncho, abotagado por el alcohol y el insomnio, cabecea dominado por el sueño, mientras que un hilo de baba cuelga, alargándose, en un intento de llegar al suelo. Dentro, en la primera habitación, mujeres y muchachos esperan, silenciosos, restregándose los ojos humedecidos por la acción irritante del humo que emerge del fogón empotrado en una esquina.

De la recámara continúan saliendo gritos de dolor.

—Ay...! Maamacita, sálveme; no me deje morir así...! Tan nuevecita, por Dios...! Ay... ay... ay..., no puedo más ya... Me quedo sin fuerza... Me muero... Me reviento... Me voy... Agárrenme, que no me quiero morir todavía... ayúdenme... ay...

Por la única puerta de la alcoba sombría, apartando el trapo que cubre la entrada, aparece la partera. Negra, sudorosa, gorda, despeñada y con las manos llenas de grasa.

—¿Y cómo la encuentra, Bonifacia...? — le preguntan varias personas simultáneamente.

—Ta mal... Tres días que rompió fuente y na... Y la sangre sigue saliendo... Yo lo dije a tiempo, que hay que bajarla...

La comisión se detiene en el patio de la choza de Tilímaco.

—¿No podría, señor, llevar a la muchacha al pueblo de abajo pa que la salven, que no puede parir...? Fíjese que es primeriza... — la partera pide con voz suplicante y angustiada, convencida de la gravedad de la situación.

—Andamos en comisión del Gobierno... Mañana, a la hora de salir, veremos...

—Pero es que no aguanta a esperar tanto, señor, vea...

—¿Y yo qué hago; qué quiere que haga...?

* * *

A la luz moribunda de la tarde que lentamente se apaga en la lejanía, grupos de hombres y mujeres negros, comienzan a subir al poblado. Unos trepan, escalando los callejones y barrancos de los desembarcaderos, mientras que otros aparecen por los caminos de tierra firme que llevan a los trabajaderos. Unos llevan al hombro los canales y las palancas; otros cargan gajos de trupa.

Los de la comisión esperan, anhelantes.

—Ese está bueno; fuerte, como pa picar en la loma o pa tuquiar... — señalando a un negro bien formado y musculoso que en ese instante pasa frente al grupo.

—Clandestino es... — informa el agente local.

—Citelo pa mañana temprano al despacho, con los demás que iremos seleccionando... — ordena el jefe.

—Aquel negro rollizo cojea, como baldío... — en el instante en que el hombre camina, en vaivén, proyectándose en el fondo de la calle que se desliza hacia el río.

—Es que ése entró con bubas, como otros más... Y en la casa onde posa los demás están enfermos de lo mismo... — responde el Corregidor.

—Ese que está allá con la vieja, está muy flaco. Parece iguana paría o tasajo seco, pero también sirve... — expresa uno de la comisión.

—Clandestino también es...

—Pues pa la lista también... — dispone el jefe.

—La mayoría de los que han pasado son nuevos... — el agente local.

—Llevaremos los que quepan, aunque sea en la toldilla.

—Si la cacería es buena, abajo se ponen contentos...

Un nuevo grupo aparece.

—Esos lavan oro. Vienen de catiar en los remansos del río. Trabajan pa ño Ramon Murillo, que les paga a dola el castellano.

—¿Y a la oficina no le queda nada de eso, Corregidor...?

—Me va a enseñar los que tenga... sabe... — pide el jefe.

—Ya será mañana, si cae algo... No hay casi ná... Es que comienza...

—¿Y qué otra cosa hace esa gente...?

—Bueno, como no tienen monte porque son nuevos ni ahora hay chapía, pasan too el día metíos en el río...

* * *

Del rancho de Tilmaco ya no salen gritos desesperados, doloridos, angustiosos... Al acercarse a la choza sólo se escucha, y intervala, como un ronquido, un estertor agónico que horada la noche.

Ya no grita...! ... alguien dice en la oscuridad del patio.

Incrustada en el camastro que ocupa toda la alcoba, abiertas las piernas, envuelta con trapos, la muchacha agoniza. Ya los ojos no se ven; están enterrados entre los pápados gruesos, rellenas las cueneas, rasas las oquedades.

El rostro moreno, juvenil, se ha transformado en blanquecino, papeloso, y la nariz chata, negroide, comienza a perfilarse.

Los pies hinchados, redondos, con la piel tensa, pareciera que van a reventar, a abrirse, rasgados, y a vaciarse, descargando líquidos pálidos, mantecosos.

Luego de mucho forcejear, de trabajar cambiando de posiciones agarrada a las sogas que cuelgan —exprofeso— en la cacerera, presionados todos los músculos, resultaron inútiles los esfuerzos para desalojar la criatura que obstruía la angosta pélvis sin desarrollo. Las venas tensas, forzadas, repletas, contribuían a hacer más profusa la hemorragia.

La criatura se presentó de paleta, de costado, y después de tremendos y redoblados esfuerzos de la muchacha, sacó un brazo, como en un intento de asirse a la vida. Al final de este conato de ganar el mundo ancho de la vida independiente, la partera sintió la esperanza de poderla extraer, salvarla, y salvar a la madre. Armada de paciencia heroica y asistida por el aliento vital de la parturienta, multiplica la lucha con la muerte que ya ronda, agazapada. Intenta meter los dedos principales en forma de cuchara para acomodar el cuerpecillo moreno a fin de sacar la cabeza tierna. Luego asida al brazo que cuelga intenta cobrar el cuerpo entero. Por largo rato forcejea y suda. De pronto, horrorizada, queda con el bracito en la mano, desgajado de la articulación del codo. Un grito incontenido de horror y espanto se le escapa del pecho, y con las manos húmedas trata de cubrir el rostro porque los ojos se niegan a ver el cuadro que está a pocos centímetros de sí misma.

Y la pieza desprendida, tierna, suave y gelatinosa, cae de la mano agitada por el temblor y el pánico.

De la boca tumefacta y sanguinolenta del útero asoma, como un tapón trágico, el muñón moreno, el brazo incompleto, trunco, doblados los filamentos y nervios.

La muchacha ya no se queja, caída en la inmensa laguna de la inconsciencia. El gruñido ronco que exhala a intervalos, indica que la vida todavía ocupa un rinconcito.

Hace un buen rato que la hemorragia cesó por completo. Pareciera que la muchacha se ha secado, desahogada, y que en el cuerpo ya no circulan líquidos vitales. Así va adquiriendo una apariencia maderosa, reseca.

La luna trepada sobre las nubes que han abierto un portillo en el cielo, va terminando su jornada luminosa. Poco falta para que naufrague en el imperio de las sombras.

—Después de la puesta de la luna, con la seca, muere la hija de Tilimaco, seguro... — una voz sale de las sombras. La mujer siempre muere en la seca y el hombre con la llena...

El silencio mortal se rompe. La muchacha da la boqueada postrera... Una débil sacudida, un brazo que se extiende, una pierna que se encoge, y la muerte la recorre a todo lo largo.

Las frutas caen, golpeando el suelo con retumbar sonoro. El agua calla en las corrientes. Las lechuzas sueltan su canto lúgubre trepadas en la torre. Grandes murciélagos pasan sobre el rancho, agitando las alas enormes. Los búhos se quejan desde los árboles viejos... Las mujeres lloran... El viento se para a oír... La selva se estremece...

Después predomina la fúnebre entonación de los rezos... "Ave María, llena eres de gracia... y el Señor es contigo..."

* * *

—Con ésta son seis, en lo que va del año... — alguien dice.

—Primero el hijo de Pancho, matao por las fiebres; después el hijo de Polidoro, muerto de alferesía; luego Tacho, desangrao por la cortá, después Cornelio, picao de víbora; luego Policarpio, cenío de la llaga, y hoy esta de ahora...

—¿Y Juan Tulo... qué hace con él...?

—Se me había olvidao el pobre... Son siete.

—Y la de hoy es doble... ahaaa...!

* * *

—Quina... pa que brinque y no meta camarón otro día...

— dice un jugador, golpeando las fichas sobre la mesa, mientras otros acompañantes miran el curso de la disputa.

—Páseme, Jaramillo, la otra botella... Así, a pico...

—Aunque el lavao de oro y el guineo no han estao malos del too, con estas muertes, de tiempo pa acá, tuavía salimos perdiendo.

—¿Y qué busca la comisión?... — pregunta uno.

—Tan citando chocuanos pa mañana...

—Lo mismo de siempre: bajando gente pa trabajar de balde porque no tiene papeles... papcles... sí... papeles... Mierda lo que valen los papeles...

—Valen, sí... pa joder...

—Valen los dolas... lo único que vale en papel...

* * *

Chocó vuelca sobre estas tierras sus entrañas generosas con largueza injustificada... Los caminos tortuosos de la selva y las rutas nerviosas de los ríos presencian, sorprendidos, el éxodo de hombres y mujeres que emigran en grandes contingentes; que abandonan su suelo propio, fugitivos de la explotación sin límites, llevando —en su ruta— como guía una aspiración liberadora.

* * *

Desde temprano hay gran animación en la oficina. Entran muchos hombres y van formando fila ante las mesas. Afuera, en la puerta, detrás de todos, están los agentes, palo en mano, listos.

—Venga, usted... — reclama el jefe, dirigiéndose al primero de la fila cercana... ¿Cómo se llama y de dónde es...?

—Patricio Martínez, colombiano del Chocó...

—¿Los papeles de entrada...?

—No los traje, señor...

—Bueno, Florencio, pon en la lista a éste y a los demás que te diga... — dice al agente que escribe en la otra mesa.

—¿Y usted...?

—Lucas Peralta, colombiano del Chocó...

—¿Los papeles de entrada?

—Se perdieron. Se los llevó el río en el viaje, con too.

—A la lista, Florencio... Hágase a un lao...

—¿Y usted...?

—Ricardo Guerrero, colombiano del Chocó.

—¿Los papeles?

—Se me quedaron allá — indicando al Chocó.

—A la lista, pa que otro día se le aclare la memoria.

—¿Y usted?

—Luis Asprilla, colombiano del Chocó.

—¿Los papeles?

—No tengo, señor.

—A la lista también.

—¿Y usted?

—Antonio Chaverra, colombiano del Chocó.

—¿Los papeles?

—Se me perdieron.

—A la lista.

—¿Y usted?

—Zabulón Córdoba, colombiano del Chocó.

—¿Los papeles?

—No tengo.

—¿Y usted?

- Clansancio Mena, colombiano del Chocó.
—¿Los papeles?
—Entré sin naá...
—Toos éstos a la lista; Florencio, no te olvides tú.
—¿Y usté?
—Pedro Zapata, colombiano del Chocó.
—¿Los documentos?
—Se los comió el comején...
—Pa que otro día culde más, a la lista.
—¿Y usté?
—Celedonio Quriba, colombiano del Choco.
—Los rumiaron los ratones, señor, vea...
—Otro a la lista por descuidao.
—¿Y usté?
—Alicio Pimenta, colombiano del Chocó.
—¿Y sus papeles?
—Se perdieron. Se los robaron, señor.
—A la lista también.
—¿Y usté?
—Justo Ramírez, colombiano del Chocó.
—¿Y los papeles?
—Entré escotero, como toos, señor.
—Apártese, que vamos a ajustarle en la lista.
—¿Y usté?
—Fabricio Reina, colombiano del Chocó.
—¿Y los documentos?
—No tengo, señor.
—A la lista, pues.
—Venga usté, que está recostao allá.
—Ambrosio Rentería, colombiano del Chocó.
—¿Qué le pasa que cojea?
—Clavo en el talón y aca —levantando el pantalón hasta la rodilla—, tengo la madre, señor.
—¿Y sus papeles?
—No tengo, señor... pero vea cómo estoy...!
—A la lista... Así se va...
—¿Y usté?
—Rito Mosquera, colombiano del Chocó.
—¿Sus papeles?
—No cargo eso...
—A la lista, el último, Florencio, y cuenta, ¿a cuánto sube la manáa...?
—Bueno, son catorce y ninguno con papeles — dice, separándose de la mesa de trabajo.
—Yo sí, señor, vea... — dice Lucas Peralta, enseñando una cédula con forro de color rojo.

—Traiga acá pa ver... — pide el jefe de la comisión.

Examina el documento, lee anotaciones y revisa.

—Y votó reciente... ¿Quién le dio ésto, amigo...?

Me lo consiguió don Ulpiano pa que votara pa Diputao, lo mismo que a otros más, señor... yo no quería... me dieron un dola y me metieron miedo, señor, no tuve la culpa...

—Bueno, por eso no te va a pasar náa... pero te llevamo.

El jefe de la comisión guarda el documento en su bolsillo. Camina en medio de los detenidos y, finalmente, asoma a ver la altura del sol, para calcular la marea.

* * *

Los detenidos se miran con angustia. Comprenden claramente que lo que quieren es bajarlos. Sienten que todos sus proyectos, trabajos, amores, familia, quedan afectados profundamente. Ahora que tienen que abandonarlo todo, que naufraga el caudal de sus esperanzas, aprecian, en toda su trágica dimensión, el golpe infamante con que se los hierde en nombre de la ley. Allí, encerrados, bajo el calor asfixiante que invade el local, evocan los motivos que tuvieron para abandonar el Chocó, que no fue expatriarse sino simplemente, cambiar de monte. Ahora recuerdan su dolor de cuerpos castigados, cuando por meses enteros trabajaban en la montaña sacando caicilla, cabima, madera y oro, y la miseria de precio que les daban por esos productos los comerciantes sirios y también los colombianos. Y vuelven a recordar, ahora precisamente, el propósito que se formularon y ejecutaron, el de averarse, de salirse, de quitar el cuerpo, de alejarse y bien lejos, quizás para no volver, para que los que no supieron nunca qué era trabajar de verdad, gastar el músculo y la vida misma en una labor agobiadora y tenaz, no se enriquecieran con el esfuerzo ajeno. Ahora recuerdan, también, lo que se decían en sus reuniones íntimas sobre el provecho que podrían sacarle para ellos mismos, para sus cuerpos, de la fuerza acumulada en sus músculos féreos y en su ardor juvenil.

Ingenuamente pensaron que si se alejaban no habría nuevas víctimas pues los demás aprenderían "en cabeza ajena". Entonces, en circunstancias de protesta, creció el sueño de abandonar el Chocó, rico en oro, en platino y en muchos otros productos, pero pobre, mísero, indigente, mendigo mismo, para el trabajador chocoano, para los muchos más, para el pueblo. Así creció y se amplificó la idea de llegar hasta el Canal, con su mítico torrente de dólares, filón al que podían llegar todos, seguros de encontrar una porción de dicha y riqueza. Entonces, ¿por qué no intentarlo, por qué no llegar? ¿Por qué no sacudir la tiranía infamante y opresiva? ¿Qué importan las montañas con sus caminos de tortura y los ríos con sus raudales peligrosos, difíciles de vadear, ante el empuje resuelto del hombre...? ¿Quién se detiene ante el incentivo de la esperanza, de la dicha entrevista y al alcance...?

Y acometieron la empresa, para llegar sólo a medio camino porque como trabajadores al fin, ingenuamente olvidaron que la democracia y la libertad tienen sus leyes que se alzan, como barreras impasables ante los pobres, los que no acumularon esos

papeles verde-sucio. Ese secreto sólo lo posee el que compra barata mano de obra, el que paga miseria por el producto ajeno, el que roba a su semejante, el que no confronta el suplicio de una conciencia alerta.

* * *

Diablo Heights, Fort Kobbe, Cocoli, Milla Dos, incendiaron como solos rutilantes, la imaginación candorosa de los necesitados, de los trabajadores de muchas millas a la redonda. Así como la fama de los buenos tiempos de Calle Veinte, Pedro de Obarrio y Juan Franco. Y ansiosos de llegar, de alcanzar, quemados por la fiebre de un poco de felicidad entrevista en los sueños con que el pobre se tortura, olvidaron los papeles, los documentos que exigen donde imperan la democracia, la libertad, los "sagrados derechos del hombre".

* * *

Ahora en el local caliente, repleto, sobre una tierra en la cual ya habían sembrado hondas raíces de apego y esperanza, como en tierra propia, valúan en toda su magnitud, todo el dolor del color y la pobreza en un mundo manejado por bellacos escudados tras ineficaces y pomposos postulados y principios que entrañan una cruel mentira.

—El mandao no es culpao... — declara el jefe de la comisión, como justificación ante las estampas abatidas de los hombres acorralados, constreñidos por una ansiedad agobiadora.

Mira en torno, consulta el reloj y distribuye las instrucciones para que preparen la embarcación, próximo el regreso, la bajada.

—Ahora van en grupos, por partes, con los agentes, a comer y buscar sus cosas, porque tienen que abajarse con nosotros, con la marca. Los demás esperan hasta que vuelvan los primeros que vayan... Cuide aquí Cabo 114... Atento, ahaa!

Y el primer grupo sale apesadumbrado, macilento, tropezando con los relieves del suelo desigual, rumbo a las chozas diseminadas en distintas direcciones. Los agentes van detrás, siguiéndolos, seguros de que ninguno intentará rebelarse contra las "órdenes superiores", seguros, también, de que manejan carne mansa.

—Se los llevan... — anotan los vecinos al ver pasar el grupo.

—Ese de atrás deja la mujer pa parir...

—A aquel medio cojo, le adelanté pa que me trabajara unos días... Cuándo será eso...! Bueno, tendrá que pagarme doble...

* * *

El primer grupo regresa al depósito humano.

—¿Y eso es lo que ustedes llevan?... ¿Ese motetico...? — pregunta el jefe, admirado de la pobreza del equipaje de los presos.

—No hay maj... — contestan con simpleza.

El último en salir fue un grupo de cuatro.

—A mí me llevan allá... — señaló Ramírez, indicando una de las casas más alejadas, camino de los trabajaderos, hacia la montaña adentro.

—Al laito vivo yo también... Antualito toy... — dice Alicio Pimenta.

—Y nosotros vamos pa este lao de acá del camino, señor.

El grupo siguió en la misma dirección. En una vuelta del camino que se oculta tras unos matojos, Ramírez, que iba adelantado, arranca en sorpresiva carrera, seguido de los otros detenidos... Más adelante se bifurcan, pareados, siguiendo veredas distintas. Pasado el momento de estupor los agentes inician la persecución de los fugitivos, lanzando gritos de alarma.

Un rato después, atraídos por la bulla, el jefe y otros agentes se incorporan a la persecución y juntos rodean un rastrojo oscuro donde se supone que se han ocultado los **clandestinos**.

—Aquí hay dos... Vengan que aquí los vi meterse... Corran... corran... ligero, rápido, carajo... — urge, el jefe, revolver en mano.

—Ataja aquel lao, por allá, pero corre pa que no lleguen al río... — grita el agente local.

—Si sale uno, arréale bala... Bandidos, creen que se van a burlar de la ley, que tiene el brazo largo... — grita el jefe.

De pronto suenan disparos. El tronido retumba en el monte orillero y apaga los gritos de los hombres, inmutados ante el anuncio fatídico de la muerte. Los hombres siguen huyendo, resueltos a no dejarse apresar, a evadir la injusticia convertida en legalidad...

Y huyen, huyen rompiendo el monte con el pecho, amparados por la selva salvadora, compasiva y maternal.

Sudorosos, cansados, con los vestidos rotos, después de largo rato, salen los perseguidores... Salen solos, sin las presas fugitivas.

—Cogieron el monte alto y luego el río... — explican. Ni las balas les valieron.

—Llevaremos otros en reemplazo de los que se juyeron... — el jefe ordena.

—Ven, tú, acá... Alístate pa que te bajes con nosotros... — vuelve a ordenar el jefe, dirigiéndose a un hombre que pasaba.

—No, señor; si ya yo tuve por dos meses... — responde, asustado, el aludido.

—Alístate, ya te dije... y ligero.

—Pregúntele a aquel señor, que me conoce... — dice, señalando a un agente.

—¿Cirilo, ya éste fue...? — interroga.

—Sí; fue en otro viaje y salió ya...

—Nos vamos con los que quedan; algo es siempre... Pensaba darle un alegrón a los jefes... Tanto que me recomendó el Alcalde!

La comisión comienza a bajar hacia el río. Es preciso viajar, bajar porque la marea también baja. Algunos vecinos bajan con maletas, sacos y paquetes. Son los que aprovechan el viaje para salir a hacer diligencias; atender citas de las autoridades, compras o ver al médico.

—De todos modos no está mal... Me acuerdo que el anterior jue de ocho solamente... — reflexiona, mirando a los detenidos agrupados, en bloque silencioso.

* * *

—Resulta que yo quería que me llevara con estos niños que van pal hospital, señor... — la voz suplicante de un hombre de aspecto pobrísimo.

—¿Y qué tienen...?

—Lo que aquí reina es la buba, señor... M're — señalando a los niños que esperan amontonados, cohibidos y tristes.

El mayor presenta una tremenda herida en la corva. La lesión, de forma circular, muestra los hilillos inflamados del tejido destruido, y por las depresiones más hondas baja un camino de sanguaza hedionda. Una niña tiene las pústulas redondas bajo el labio inferior, en la garganta y pendiente en el lóbulo de la oreja izquierda. Otra de menor edad camina en forma desigual pues el sexo está deformado por crecimientos ulcerosos y escoriaciones menores que invaden la pélvis y las nalgas a semejanza de pequeñas islas costrosas. Finalmente el último niño, cuarta unidad del grupo, presenta un relieve sanguinolento sobre la rodilla derecha, incrustado en el centro de la rótula y que sólo permite el uso —puntal!— de los dedos de la pierna encogida en forma de gancho.

—Yo también quiero bajar, señor... ¿Me podría llevar con ella...? — otro que se acerca, humilde, al jefe.

—¿Y qué tiene...?

—Lo mismo, señor... Vea... — alza un extremo del vestido de la enferma que, resignada, dolorosa, se cubre llena de vergüenza. Quitá la vista de su pierna carcomida; luego se sienta sobre un relieve del suelo y espera pues muy poco tiempo puede permanecer de pie.

Una gran úlcera que tuvo su inicio en el tobillo, subió hasta la rodilla y en el recorrido dejó huecos profundos que terminaron en el hueso blanquecino, pelado. Del Tendón de Aquiles sólo resta un nudo corroído, de filamentos doblados, destruidos. Ulceras pequeñas, espaciadas, trepan hasta el muslo. Luego se ven manchas que más parecen quemaduras que cubren los espacios no ulcerados de la extremidad. La pierna ha adquirido una forma caprichosa, en tensión, arqueada hacia afuera.

Nadie quiere estar al lado de la pobre criatura aniquilada por la timidez y el largo sufrir.

—A ver si me lleva, señor... Yo también quiero abajar...
— se presenta un hombre de media vida.

Sobre el puente de uno de los pies ubica una extendida llaga. La ulceración abarca, en ascenso, la parte interna de la pierna, sin alcanzar a la rodilla. En el miembro sólo queda un girón de piel sana. Toda la extremidad la lleva envuelta, forrada con hojas tiernas, sostenidas con hilachas de arbustos fibrosos. Mana un hilo de sanguaza rojiza y pestilente, que muere en el suelo al voltear los bordes de la planta del pie. Moscas negruzcas se posan sobre las hojas en busca de una parte descubierta; vuelan, espantadas, para volver de nuevo.

También esperan cupo algunas mujeres con niños enfermos, horqueteados en el cuadril, ansiosas de encontrar sitio para llegar hasta el hospital.

—Sólo llevamos a éstos, a los que están pior... — dice, señalando al grupo más cercano... No podemos llevar a too ese gentío... No cabe...

—¿Y ése otro, qué tiene, amigo...? — pregunta un marinero.

—Los pies comegeniaos, debajo, y no puede caminar.

—A éstos son los que llevan pa la sombra, pa blanquiarlos abajo... — algulen anota, mientras indica a los clandestinos.

* * *

Ahora la lancha baja, fletada de carga dolorida, humana, hundida hasta la línea de flotación... Ya se ven muy cerca las casitas que manchan las faldas bermejas del cerro reseco.